

tiempo y el celo. No conviene que estos propósitos sean muchos, porque la misma multitud haría que los niños los dejaran presto; mas vale que sean pocos y capitales, queremos decir, formados sobre los puntos mas necesarios y trascendentales de la vida cristiana. Para que sepa el cura cuáles propósitos ha de sugerir á los niños, se los pondremos extensos y ordenados al pié de la siguiente plática, encargándole que, si le es posible, los haga reimprimir en hojas sueltas, y dé un ejemplar á cada niño, á fin de que los lean á menudo, y eviten por este medio el que se les borren de la memoria. La plática será la siguiente:

Perseverancia en la virtud.

Væ his, qui perdiderunt sustinentiam. (Eccli. II, 16).

No sin una cierta especie de disgusto y sentimiento os anuncio, hijos míos, que hemos llegado al término de nuestros ejercicios, y que esta función va á poner fin á las santas ocupaciones que seis dias há comenzamos. ¡Cuánto siento el que acaben tan presto! ¡Cuánto quisiera poderlos prolongar por algunos dias mas! ¿No es verdad que estos ejercicios han pasado como volando? ¿No es verdad que han sido todos llenos de dulzura y consolación? Por lo que á mí hace, me parece fue ayer que los comenzamos; y ha sido tal el consuelo que he experimentado, viendo vuestra docilidad, modestia y aprovechamiento, que de buena gana volvería á comenzarlos de nuevo. ¿Y vosotros, hijos, estais contentos de haberlos hecho? —(Sí, padre). ¿Estaríais dispuestos para comenzar otros? —(Sí, padre). Yo lo creo, porque esto tienen las cosas de Dios, que mientras no se gustan, parecen insípidas y desabridas; pero una vez se llega á gustarlas, se hallan dulces y su-

mamente deliciosas. ¿Y qué mayor delicia que tratar familiarmente con Dios, como nosotros lo hemos hecho en estos dias?

Como esta es la última ocasión que se me ofrece para hablaros aquí familiarmente, quiero aprovecharla para daros los postreros avisos, y quizá los mas interesantes de cuantos habeis oido. Lo que quiero advertiros es, que de nada os serviría haber hecho estos santos ejercicios, de nada haber entrado en el camino de la virtud, si no perseveráseis en él hasta la muerte. La perseverancia, hijos míos, es la que ha de coronar esta obra que tan felizmente habeis comenzado; porque, como dice Jesucristo, solo el que perseverare hasta el fin conseguirá una palma en el cielo.

Gran cosa es que hayais hecho estos ejercicios con el fervor y devoción que todos hemos visto, que os hayais consagrado á Dios en esa tierna edad en que os hallais, que hayais resuelto amarle y servirle siempre, sin jamás ofenderle; sí, gran cosa es. Pero no tomeis á mal el que os descubra algunos temores y recelos que abrigo en el corazón, y disminuyen en parte la satisfacción que me causa vuestro actual fervor y devoción. Temo, hijos, que haréis como aquellas plantas, que en la primavera están cubiertas de flores, y despues en el otoño no dan fruto alguno. ¿Entendeis lo que quiero decir con esto? Temo que pasados estos ejercicios olvidaréis cuanto habeis oido, cuanto habeis meditado, cuanto habeis resuelto; y que todas vuestras protestas de querer amar y servir á Dios se desvanecerán como humo que disipa el aire. ¿Sucederá esto, niños? —(No, padre). ¿Quereis decirme que siempre, siempre, perseveraréis en los buenos sentimientos que teneis ahora? —(Sí, padre). ¡Ay de aquellos, dice el Espíritu Santo, que retroceden del buen camino que emprendieron! *Væ illis, qui perdiderunt sustinentiam*. Para ayudaros á mantener vuestra actual resolución, vengo á manifestaros tres cosas: la ne-

cesidad de perseverar en la virtud, los principales medios de perseverancia, y el modo práctico de aplicar estos medios.

La virtud, hijos míos, tiene diferentes grados: tiene su principio, tiene su progreso, y tiene su fin. No basta comenzar á ser virtuoso, no basta serlo por algun tiempo; es menester proseguir, es menester continuar hasta la muerte. Vosotros habeis comenzado á ser virtuosos: ¿hay bastante con esto? No: muchos fueron buenos en un principio, y despues murieron condenados. Bueno fue Saul, bueno fue Judas, bueno fue Orígenes; pero como no continuaron, como no perseveraron hasta el fin, se perdieron miserablemente. Por el contrario, otros en un principio fueron malos, y despues murieron santos. Malo fue san Pablo, malo fue san Agustin, mala fue santa María Magdalena; pero como despues se convirtieron, como continuaron buenos hasta la muerte, se salvaron felizmente. ¿Qué os dice esto? Que ya que en estos ejercicios habeis entrado en el buen camino, lo que ahora conviene es, proseguir, continuar, perseverar hasta la muerte.

¿De qué os serviria el haber comenzado á servir á Dios, si no perseveráseis? De nada. «Si el justo, dice Ezequiel, se cansare de servir al Señor, y faltando á la fidelidad que le habia prometido, cometiére pecado, todo el bien que habia hecho quedará olvidado, y no le cabrá por él la menor recompensa en el cielo¹.» Notad aquí una respuesta que san Gregorio dió á una dama, que le suplicaba le dijese si se salvaria ó no. «Mujer, le dijo, tú me preguntas una cosa difícil y al mismo tiempo inútil: difícil, porque yo no soy Dios para decirte si te salvarás ó si te condenarás; inútil, porque en cual-

¹ Ezech. XVIII, 24.

quiera de estas dos suposiciones tú debes igualmente servir á Dios. Sin embargo, ¿quieres que como hombre te diga cuál será tu suerte? Si perseveras en los buenos sentimientos que ahora tienes, te salvarás; pero si no perseveras, te condenarás.» El mismo aviso os doy yo, mis amados niños. Una sola cosa puede aseguraros la salvacion, y esta es la perseverancia en los buenos sentimientos que habeis concebido en estos ejercicios. ¿Perseverais en ellos hasta el fin? Héos aquí salvos. ¿No perseverais? Estais perdidos.

Todo consiste en que empleeis los medios que Dios os ha dado para perseverar en su gracia y amistad, y no caer jamás en el pecado. El primero es la frecuencia de Sacramentos. ¡Oh, qué medio tan poderoso es este para conservar la vida de la gracia! ¡oh cuántos vuelven al pecado por no querer emplearlo! No soy profeta; pero puedo pronosticaros lo que os sucederá, si no os dais á la frecuencia de Sacramentos que os aconsejo. Insensiblemente, y sin advertirlo, se irá apagando ese fuego de devocion que ha prendido en vuestras almas en estos dias de recogimiento: poco á poco iréis olvidando las doctrinas que habeis oido, las máximas que habeis meditado, las resoluciones que habeis hecho: hoy dejaréis una devocion, mañana faltaréis á un propósito, otro dia traspasaréis un mandamiento; y así dentro poco tiempo apenas se conocerá que hayais hecho ejercicios.

¿No veis lo que nos sucede en tiempo del invierno? Mientras estamos junto al fuego, no sentimos el frio; pero si pasamos mucho tiempo sin acercarnos á él, el frio se apodera de nosotros, y nuestros miembros quedan casi helados. Del mismo modo, mientras vosotros frecuenteis los Sacramentos, vuestra alma mantendrá el calor de la devocion, y no hay peligro de que llegue á enfriarse en el amor de Dios hasta el punto de ofenderle gravemente; pero si pasais mucho tiempo sin reci-

birlos, el fuego de caridad llegará á extinguirse en vuestros corazones, al modo que se apaga el fuego material si no se le va dando leña. De consiguiente, amados míos, para prevenir toda caída en el pecado, fortificaos con la frecuencia de Sacramentos, acercándoos á la confesion y comunión á lo menos cada mes, y en las principales festividades que la Iglesia dedica á los misterios de Jesucristo y de María santísima. ¿Me prometeis hacerlo?—(Sí, padre).

Ahora quiero advertiros que esta frecuencia de Sacramentos os será mas útil y provechosa si la haceis bajo la direccion de un mismo confesor, que si la practicais ahora con uno, ahora con otro, sin tener á ninguno fijo ni determinado. Y así os encargo pongais la vista en uno que sea prudente, sábio y virtuoso; y que eligiéndole por vuestro director, y poniendo en sus manos la direccion de vuestra alma, le deis cuenta exacta de vuestra conciencia, recibais con docilidad sus consejos y amonestaciones, y cumplais fielmente cuanto él tuviere por conveniente ordenaros. ¿Me prometeis tambien hacerlo?—(Sí, padre).

Otro medio muy poderoso para perseverar en el bien es la devocion á María santísima. ¡Ay amados míos! sed bien devotos de esta bendita Señora, y yo os aseguro que jamás cometeréis ningun pecado mortal; porque, como dice san Bernardo, quien la toma por guia, no se pierde; quien se apoya en ella, no cae; quien se pone bajo su proteccion, nada tiene que temer¹. La misma Virgen os lo asegura con aquellas palabras llenas de ternura que, tomándolas del Eclesiástico, la Iglesia pone en sus labios: «Yo, os dice ella, soy la Madre del amor hermoso, del temor santo, y de la bien fundada esperanza... «Los que me oyen no serán confundidos, los que obran en mí

¹ D. Bern. Hom. 2 super Evang. Missus.

«no pecarán, los que me honran alcanzarán la vida eterna... «Venid á mí todos los que teneis necesidad de auxilio, que yo «os llenaré de mis gracias y bendiciones¹.»

Hijos míos, ¿será posible desoigais estas dulces voces de vuestra Madre? ¿será posible que no le profeseis la mas tierna devocion? ¡Qué! Ella misma os convida á ser devotos suyos, ¿y vosotros no querríais serlo? Os llama á sus amorosos brazos, ¿y vosotros no querríais ir á ellos? Os promete defenderos en los peligros, sosteneros en las tentaciones, é introducir en el cielo, ¿y vosotros no querríais servirla? Guardaos de despreciar sus llamamientos, porque tendríais ocasion de arrepentiros de ello. ¡Cuántos hay en el cielo que deben su salvacion á la devocion que profesaron á la Madre de Dios! ¡cuántos hay en el infierno que no estarian allí si hubiesen sido devotos suyos!

Creedme, elegid á María santísima por madre vuestra: servidla como buenos hijos: entrad en alguna de esas cofradías que se han instituido para honrarla: confesad y comulgad en sus principales fiestas: encomendaos á ella todos los dias: y sobre todo imitadla en las virtudes, particularmente en la pureza, en la humildad, en la obediencia y en el santo amor de Dios. El que la honre y sirva de este modo, no dude que experimentará los efectos de su poder y bondad; y que ella, agradecida á sus servicios, le asistirá en vida, le socorrerá en la muerte, y le hará dichoso en la eternidad: *Obviabit illi quasi mater honorificata*. Vamos, ¿resolveis ser siempre devotos suyos?—(Sí, padre).

Otro medio de perseverancia, el cual no haré sino tocarlo ligeramente, es la oracion fervorosa y frecuente. La perseverancia, hijos míos, es el mayor de todos los dones, es el se-

¹ Eccli. xxiv, 24, 26, 30.

llo de nuestra eterna predestinacion, es la conclusion de una vida virtuosa que nos introduce en el eterno descanso. Este don, como enseñan todos los teólogos, es independiente de nuestros méritos, quiero decir, que nadie puede merecerlo, por mas santo que sea ; sino que Dios lo concede graciosamente á quien le place, sin que á nadie lo deba de justicia. ¿Y sabeis á quiénes acostumbra concederlo? Á los que se lo piden con humildad, con continuacion y con confianza. Este, hijos, este es el gran medio que teneis para perseverar en el amor de Dios hasta la muerte, pedirle esta gracia con grande instancia y fervor, pedírsela cada dia, y pedírsela por los méritos de su unigénito Hijo y de su amorosa Madre. Si lo haceis así, yo os aseguro que caminaréis seguros al través de los peligros y tentaciones de esta vida, y llegaréis felizmente al puerto de salvacion. ¿Resolveis hacerlo? — (*Si, padre*).

En prueba de que estais sinceramente resueltos á cumplir cuanto me habeis prometido hoy y en los dias anteriores, quiero, hijos, que, arrodillándoos humildemente ante ese altar, y figurándoos que os escuchan todos los Santos del cielo y todas las criaturas de la tierra, hagais con voz alta é inteligible los siguientes

Propósitos.

Yo N. N., habiéndose el Señor dignado, por su infinita misericordia, llamarme á estos santos ejercicios, en los que he tenido la dicha de conocer muchas cosas sumamente útiles á mi alma, y de las cuales vivia enteramente olvidado ; deseando corresponder en algo á tan señalado beneficio, y dándole por él las mas rendidas gracias ; hago los siguientes propósitos, que tengo ánimo de cumplir fielmente hasta la muerte :

1.º Conociendo, por lo que he oido en estos santos ejer-

cicios, que he sido criado para amar y servir á Dios ; que el tiempo de la juventud es el que mas agrada á su divina Majestad, y el que ordinariamente decide de la suerte eterna del alma ; reconozco tambien la estrechísima obligacion que tengo de entregarme todo á él desde mis primeros años : y por esto propongo comenzar á servirle desde ahora con todo mi corazon, no cometer en toda mi vida ningun pecado mortal, particularmente el de impureza, y evitar con cuidado las ocasiones de cometerlo.

2.º Habiéndome Dios dado á conocer en estos santos ejercicios, que me esperan grandes combates y tentaciones, y que los enemigos de mi alma harán los mayores esfuerzos para apartarme de su santo servicio ; y temiendo yo que con solas mis fuerzas no podria resistir, y tal vez sucumbiria ; conozco la necesidad que tengo de buscarme una madre poderosa que me ampare y me defienda : por esto elijo desde ahora por madre á María santísima, y propongo firmemente ser su mas cordial devoto, encomendarme á ella de todo corazon al levantarme y al acostarme, y confesar y comulgar en honor suyo en sus principales festividades.

3.º Habiendo tambien entendido en estos ejercicios que el paso de la infancia á la juventud es el mas peligroso de la vida, y que muy pocos lo dan sin experimentar caidas fatales ; conozco que tengo suma necesidad de un guia que me conduzca desde mi niñez : y por lo mismo propongo elegir un director sábio y virtuoso, á quien encargaré la direccion de mi alma, dándole exacta cuenta de todos los secretos de mi conciencia, y cumpliendo con docilidad cuanto él tuviere á bien ordenarme.

4.º Asimismo, habiendo entendido que las malas compañías son el instrumento ordinario de que se sirve el demonio para apartar á las almas jóvenes del buen camino, propongo

huirlas con toda diligencia y cuidado, y no tener otros compañeros que los que me designen mis padres.

5.º En fin, conociendo que no hay cosa mas conducente para perseverar en el bien que el establecer un cierto arreglo y tenor de vida, propongo arreglar la mia del modo siguiente: luego de haberme levantado, me arrodillaré á los piés de mi Crucifijo y de la imágen de María santísima, que tendré siempre en mi aposento, haciendo el ejercicio de la mañana, segun lo prescriben los libros devotos : entre dia levantaré frecuentemente mi pensamiento y mi corazon á Dios, particularmente en oyendo tocar las horas : rezaré con toda devocion el santísimo Rosario, y antes de acostarme haré el exámen de conciencia, y concluiré con el ejercicio de la noche. En los dias festivos añadiré la lectura de algun libro piadoso, la oracion mental y la asistencia exacta á las funciones religiosas : cada mes confesaré y comulgaré : y cada año haré mi confesion general, si el director lo aprueba.

De todos estos mis propósitos pongo por testigos á Jesucristo y á María santísima, suplicándoles rendidamente me dén gracia para cumplirlos fielmente hasta la muerte. Amen.

PRIMERA COMUNION DE LOS NIÑOS.

Durante los dias de ejercicios, el cura debe haber preparado todo lo concerniente para la solemnidad de la primera comunion, y dispuesto las cosas de tal modo que la funcion ofrezca un aspecto á la vez majestuoso, sublime y tierno. Para esto deberá haber invitado á asistir á ella á los padres de los niños, á las personas de mas nota de la poblacion, y al cuerpo municipal; y todo esto al intento de que, viéndose los niños honrados con tal asistencia, comprendan su importancia y dignidad, y conciban una idea adecuada á la sublimidad del acto que van á hacer. Á esto contribuirá tambien mucho el que la iglesia esté puesta de gala, queremos decir, adornada de modo que exprese la santa alegría de que está poseida la Religion al distribuir por primera vez el Pan de los Angeles á sus tiernos é inocentes hijos. Así que, el templo deberá estar barrido, los altares adornados con flores y luces, las mesas cubiertas con los mejores manteles, haciendo que el altar destinado para la comunion sobresalga por su elegancia y adorno. No conviene que la funcion se haga en la misa matutinal, en razon de que esto podria causar molestia á los que están precisados á salir pronto para acudir á sus negocios domésticos : hágase en otra misa que sea algo mas tarde, pero en hora oportuna para que pueda asistir á ella la generalidad del pueblo. Colocados los niños en medio de la nave del templo, en la forma que dijimos ayer, oirán la misa; y antes de comulgar, el cura, ú otro sacerdote, les dirigirá desde el púlpito la siguiente plática :